

razón. Afrontó la escena con valentía, y aquella noche de despedida en que los compañeros dormitaban esperando el tren en la destartalada fonda de la estación férrea, ella fué la primera que, sola con Pablo, paseando en el andén, abordó la cuestión.

—Supongo que esta resolución que he tomado,—comenzó diciendo—no será muy de tu gusto...

—¿Porqué? Sería necio en mí, y además cruel oponerme a tu conveniencia,—objetó él.

—No dices lo que sientes.

—¡Acaso! Pero digo lo que me dicta mi deber.

—Eres injusto,—murmuró ella—he querido hablarte porque me daba mucha pena marchar sin rendir este tributo a nuestra buena amistad.

—¿Nada mas que amistad Lucía?..

—Amistad nada mas. ¿Porqué me dices eso?

—Porque tu sabes que te quiero, porque yo he leído en tus ojos muchas veces que me quieres también, porque nunca pude sospechar que al primer espejuelo que se pusiera en tu camino, ibas a olvidar tan prontamente esta gloria efectiva de nuestro cariño, por una gloria presunta que, sabe Dios cuantas humillaciones y cuantas lágrimas te va a costar...

—¡Bah!.. Tu deliras Pablo. Yo siento mucho la separación, pero ningún compromiso nos une. Si hubieras sido tu el agraciado hubiera sido yo la primera en alegrarme de tu dicha... Además ¡a qué hablar de amor entre nosotros! Nosotros no podemos sentir el amor que dicen que sienten los demás mortales; ese amor que hemos fingido mil veces en mil comedias. Para nosotros el amor no debe ser yugo que ata, ¡tendríamos que renunciar entonces a ser nosotros mismos!.. ¡Amor, bah!.. ¿quién piensa en eso?.. Nuestro único amor debe ser la gloria y a ella debemos sacrificar todas las cosas.

—¿Incluso el amor verdadero?..

—¡Incluso él! mejor dicho, apoyándonos en él como escalón para subir arriba.

—Tu no sabes lo que dices Lucía. Algún genio del mal te ha cambiado durante nuestra permanencia en este pueblo.

—Genio del mal precisamente no; genio del interés.

—Pero es monstruoso lo que estás diciendo.

—¿Porqué?.. En nuestra vida nos trazamos un objetivo y debemos prescindir, por inútil o perjudicial, de todo cuanto pueda oponerse a su consecución.

—Hay cosas de que no se puede prescindir en la vida y una de ellas es el amor precisamente.

—¿Y quien te ha dicho que piense yo prescindir de él? De lo que debemos apartarnos es de los amores que nos encadenan en la vida. El amor es el mayor placer, es la alegría del Universo y no debemos cambiarlo en un motivo de dolor. El Amor es la fecundidad y en su nombre no tenemos derecho a hacer estéril nuestra vida. No; yo no quiero prescindir del Amor, lo que quiero es sencillamente hacerlo esclavo de mi voluntad.

—¡Feliz tu que así dispones tan libremente del corazón!..

—Es una felicidad la mía que está al alcance de todas las fortunas. Ten voluntad y serás tan feliz como yo.

—¿Y tu cres positivamente feliz?

—Intento serlo cuando menos.

—¿Y sería indiscreto preguntarte si yo era una de esas cosas que remotamente se pudieran oponer a tu felicidad?

—Siendo como eres indudablemente. La vida no se puede tomar en trágico; eso queda para los dramas de capa y espada que tantas veces hemos representado juntos. Y tu tienes ese defecto.

—No tienes corazón.

—Vuelvo a repetirte que eres injusto conmigo.

—Pero es que yo te amo, te adoro con todas las potencias de mi espíritu... ¿No tendré derecho siquiera a preguntarte qué lugar ocupo en tu corazón?..

—No seas niño. Aunque yo te amara,—cosa de la cual no estoy cierta—ya te he dicho que tu no puedes ser otra cosa que un buen amigo mío. Nuestro amor sería estéril para nuestras vidas, y no nos debemos sacrificar por él... Además, le estamos dando a esta despedida un tono lúgubre de cosa eterna y nada existe eterno en la vida humana... Ya nos volveremos a encontrar por el mundo...

Quedó en silencio Pablo. El tren entró en agujas rodeado de nubes de vapor. Subió la farándula a los wagones y con ella Pablo, sintiendo que algo allá dentro se rompía con doloroso estruendo en él.

—¡Que seas muy feliz!—tuvo aun fuerza para exclamar cuando ya el tren en marcha hacía resonar con estruendo las planchas giratorias, y aun tuvo tiempo para adivinar en la penumbra de la estación que se alejaba, la silueta amada agitando un blanco pañuelo, y a su lado la figurilla barriguda de aquel señor en cuyas manos espejeaban los brillantes como un sarcasmo al dolor de su vida.

En el gran coliseo de la Corte había solemnidad tea

